

CULTURA

La educación sentimental de muchos de nosotros está marcada por la presencia de los poemas de José Agustín Goytisolo. Su editorial, Lumen —una de las pocas empresas editoriales que se atreven a mantener una colección digna de poesía en estos tiempos tan poco dados a la lírica—, acaba de lanzar su último poemario «La noche le es

propicia» (Barcelona, 1992, 60 páginas, 1.300 pesetas). Se trata de un poema narrativo donde se produce el encuentro entre un hombre y una mujer en una única noche de amor efímero, que termina como la vida misma, en una serie de preguntas formuladas al aire: «Preguntas / a un azar que ya tiene / las suertes repartidas.»

Pero no hay retorno

El mayor de los tres hermanos Goytisolo se dio a conocer en 1955 con *El retorno* y, desde entonces, le ha envuelto una fama de poeta social de la que se está desprendiendo con el paso del tiempo. Atrás quedaron los tiempos en los que José Agustín escribía un poemamaniesto que resumía una propuesta de renovación ideológica y estética de la literatura de los años cincuenta y sesenta. Se trata de «Los Celestiales», denuncia de la poética oficial de un Garcilaso de la Vega, para luego devorarlo, como hicieron con todos los otros restos y cadáveres políticos del imperio. Por aquel entonces los poetas eran los encargados de presentar enmiendas a la totalidad del régimen, aun sabiendo que cuando cayera el franquismo tampoco se les iba a perdonar, menos que en vida del dictador.

Durante algún tiempo José Agustín se ha debatido contra esta imagen que, según él, injustamente, se le ha querido superponer. En el texto que prologa *Del tiempo y del olvido* (Lumen, 1977) nos dice: «Escribir me ha ayudado a vivir, a estar alegre entre tanto desastre y tanta miseria real y moral, entre tanta mediocridad y cobardía.» Su condición de poeta irreconciliable con los que él llama «privilegiados, conformistas y cretinos» no ha cedido en nada; pero ahora queda más clara su postura de francotirador; aclaremos que a José Agustín le complace unir su vocación poética con su afición a la caza, dado el atractivo que al parecer tienen los cazadores para la mujer de todo tiempo y lugar, y con la supuestamente envidiable psicología del hombre de las cavernas.

La poética de un francotirador

En la antología *Poesía social* (1965), Goytisolo no se definía como un incondicional cultivador de la corriente poética allí representada. Opinaba, por un lado, que «el fenómeno de la creación literaria no puede entenderse si se considera aislado de su función social», pero añadía que los aspectos más identificadores del socialrealismo, incluso la «intención revolucionaria», no son suficientes para justificar la obra de un escritor: «Es necesario añadir a estos elementos una gran dosis de oficio, de picardía literaria —por llamarlo de algún modo—, que hagan que el escritor pueda salvarse del pecado de la ingenuidad y de un esquematismo limitado y rígido.»

En 1968 publica algunos de los poemas que le han valido la fama de poeta social, como «Oficio de poeta» o «A un joven poeta». Eran tiempos en los que tenía pleno sentido cantar al viento versos como estos: «En tus manos está el cambiar / el pulso, el ritmo de la historia.» Después la ironía teñirá toda su producción en su libro *Bajo tolerancia* (Lumen, 1974). En él los poetas quedan identificados, de for-

ma irónica, con «las viejas prostitutas de la Historia». La encumbrada misión para la que el joven poeta debía disponerse resulta degradada aquí y hasta ridiculizada, aunque con cierta ternura. Como siempre los poetas «le piden a la vida más de lo que ésta ofrece». El joven poeta queda advertido.

En «Desde ahora y sin nostalgia una vez más», que prologa la reedición de *Salmos al viento* (Lumen, 1980), vuelve a rozar la autojustificación: «No intentaré convertirme en moralista, ni fui tan estúpido como para pensar que únicamente escribiendo se podía modificar el mundo. Me limité a fabular sobre lo que veía... eso fue todo.» Por momentos, sus palabras parecen una «defensa del subconsciente ante situaciones antiguas que hieren o molestan», como él mismo diría.

Sin duda, la ironía ha sido el recurso presente a lo largo de toda la producción de José Agustín Goytisolo, así en la colección de canciones de *Palabras para Julia* (Lumen, 1990) encontramos, poemas como: «Érase una vez / un lo-

bito bueno». Goytisolo es un maestro en el arte de la ironía y la sátira en estrecha relación con ambas, el humor, dones propios de la inteligencia. Los poemas irónicos exigen que el lector invierta el recto significado de las palabras, que implica además la relación y consiguiente comparación evaluativa de dos puntos de vista opuestos. Si a esto añadimos que la característica de la ironía es la función que tiene de llenar algún vacío de la vida humana por lo que la ironía sobrevive especialmente cuando se produce una crisis sea individual o sea colectiva, tendremos las premisas básicas que mueven a José Agustín a ejercer su derecho a violar el lenguaje establecido.

«La noche le es propicia»

En *La noche le es propicia* el sarcasmo y la ironía de este fumador empedernido que es José Agustín Goytisolo han dejado su sitio al pesimismo y a cierto fatalismo que llega al sujeto poético desde las sombras: «no hay retorno / pues sabe que la muerte / le es pro-

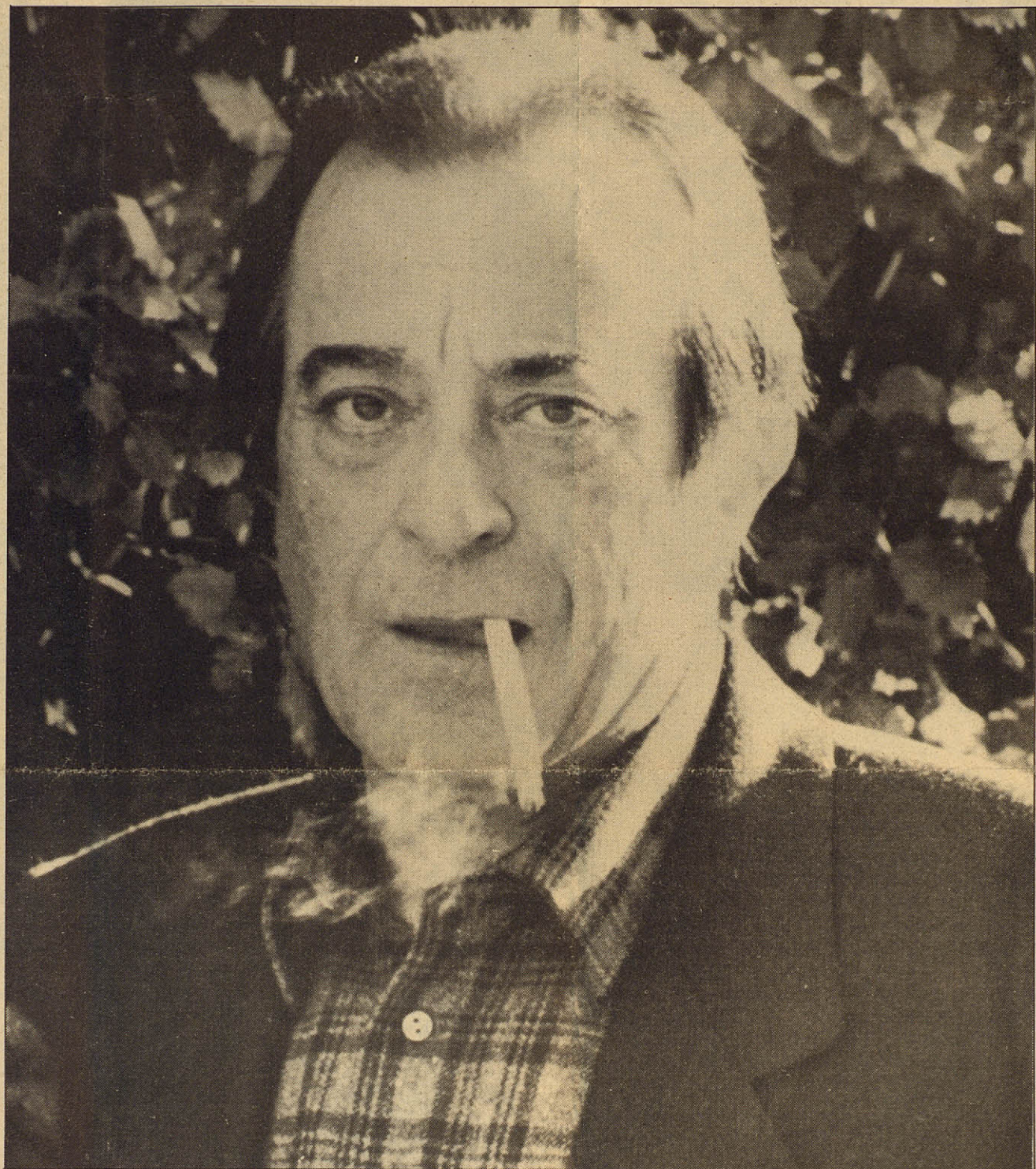
picia / que ha de hundirse en la sombra / más profunda / y que nada varía / su derrota».

Como señala Carmen Riera en el prólogo el punto de partida de *La noche le es propicia* es el encuentro fortuito de un hombre y una mujer que durante una sola noche vivirán una pasión catastrófica, empleando el término en el sentido etimológico. La llegada del alba, como en las albas provenzales, marcará el final de la noche y, por tanto, la separación de los amantes que volverán a la mediocridad de sus vidas. Cuando el dominio de la noche acabe, el «aire macilento» que «está aguardando / detrás de los cristales» lo invadirá todo, y conducirá el desencanto del día con la presencia de la tan denostada aurora, por quienes, como Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma o el mismo Goytisolo, aprendieron la lección de Baudelaire. La noche es el reducto de las infinitas posibilidades que el día arrumba, dejándolas atrás frustradas e irrepetibles. El proceso es el propio de esos amores efímeros que duran lo que tarda la

botella en vaciarse, o los cenizeros en llenarse de colillas: «Todo se fue cumpliendo como un rito: / ella aprendió a morir / a atravesar los fosos y declives / los ríos y cañadas / también a estremecerse y sollozar / y a morderse los labios / para que un grito no siguiera a otro. / Al final sonrió / como jamás él viera sonreír / a nadie entre sus brazos.» El encuentro se produce desde el inicio bajo la sombra porque él está marcado por la soledad, el insomnio, y, al final, por la propia muerte. Ella vivirá una experiencia que la enraizará todavía más en la misma vida.

Ahora, después de publicar con ilustraciones de Guinovart una *Novísima oda a Barcelona*, bilingüe, José Agustín Goytisolo consigue con este largo poema narrativo, *La noche le es propicia*, sumergirnos dentro de unos personajes despojados de toda naturaleza, que nos conducen a la celda de una noche cualquiera en una ciudad cualquiera y sin posible retorno.

J. A. Aguado



José Agustín Goytisolo.